

ya de tentar, porque él estaba muy consolado en la cárcel, adonde juntamente mereciendo su padecer algunos trabajos por amor de Dios, bautizaba y predicaba á muchos: que por más libre se tenía en la cárcel, padeciendo por Cristo y predicando á sus prójimos, que fuera y no predicando.» En la jaula, sirviendo á sus amados leprosos, se le pegó la lepra, y llegó á tanto extremo, que solo huesos y pellejo le quedaron en su cuerpo, siendo ántes muy robusto, y murió en la cárcel, consumido de tantos trabajos, un lunes, diez de Diciembre de mil y seiscientos y diez y siete.»

Detengámonos un momento, no á ensalzar, porque sería imposible, sino á admirar en silencio, aun bajo el aspecto puramente mundano esa incomprensible fuerza de voluntad, ese dominio absoluto del espíritu sobre la materia. Pero admiremos todavía más la asombrosa eficacia del verdadero móvil de esa acción heroica: la caridad. ¿Quién de nosotros, al abrirle las puertas de aquel infierno no se apresuraría á arrojarle fuera, y alejarse, sin volver la vista atrás? ¿Quién querría abrazarse voluntariamente con todos los dolores, con todas las incomodidades, con las penas de todos los sentidos, y eso hasta la muerte? ¡Cuán grande fé, qué robusta esperanza, cuán incomprensible ca-

ridad! ¡Qué alta gloria la del bienaventurado Laurencio! Pena nos causa, por decirlo así, no verle todavía entre los mártires beatificados, porque en nuestro humilde juicio, y sin prevenir el infalible de la Iglesia, no lo tenemos en verdad por inferior á ninguno de aquellos héroes. Mas, ¡qué religión la que eleva al hombre á tales sacrificios!

El cristiano lector tendrá sin duda deseo de saber cuál fué la muerte del buen Fr. Diego de San Francisco, que con tal sencillez nos ha referido sus tormentos en la cárcel de Jeddo. Salió de ella á los dieciocho meses, por intercesión de un magnate japonés que venía á la Nueva España con ciertos negocios, y deseaba traerle consigo para que le valiese en ellos. Quisiera el padre permanecer en el Japón, mas no le fué posible, porque su libertad había sido á condición de salir inmediatamente desterrado. Después de sufrir grandes borrascas y trabajos en el camino, llegó al fin á Méjico, donde permaneció más de un año, esperando ocasión de volver al Japón; pero con la tardanza se fué resfriando, y acabó por persuadirse de que no le convenía volver. Mas la conciencia no le dejaba reposar, representándole el abandono en que había dejado aquella perseguida grey, hasta que por último emprendió á pie la jornada á



Acapulco, pasó á Manila, y una vez allí, encontró modo de introducirse en el Japón, cuando la persecución estaba en su mayor fuerza; sin temor á ella, y sin acordarse de los trabajos pasados, que habían dejado arruinada su salud. Hasta aquí alcanzan las noticias que nos da el mismo padre, y sentimos no poder decir de qué manera terminó sus días este apostólico varón, por no tener á mano las crónicas de la Provincia de San Gregorio, de Filipinas, donde deberán encontrarse noticias de su vida.

Los últimos mártires beatificados pertenecen al año de 1632; pero la persecución continuó hasta 1646, en cuyos catorce años sufrieron el martirio más de cien seglares y cincuenta y cuatro religiosos. Por último, los españoles y portugueses fueron totalmente excluidos del Japón: se mandó, so pena de muerte, que todos los súbditos del imperio llevasen al cuello visiblemente la imagen de cualquier ídolo, y que todos los extranjeros, al saltar en tierra, hiciesen la sacrílega ceremonia del *Jesuma*, que consistía en pisotear la imagen de Jesucristo crucificado. Así quedó cerrada la puerta á los misioneros católicos, y la cristiandad fué totalmente destruida.

¿Quién no se estremecerá al contemplar los juicios de Dios? Una iglesia floreciente,

fundada por un gran santo, extendida á despecho de las potestades de la tierra, regada con la sangre de infinitos mártires y al parecer indestructible, sucumbe, sin embargo á la persecución y desaparece, sin haber vuelto á levantarse en más de dos siglos. Sacrílego sería querer penetrar en los consejos divinos; pero es justo y debido aprovechar las grandes lecciones de la Providencia. La suerte de aquella Iglesia nos enseña que no es cierto que la persecución contribuya al triunfo de una doctrina, cualquiera que sea, y que la sangre de los mártires sea el mejor riego para hacer fructificar las ideas, como han querido sostener algunos, solo para explicar el maravilloso incremento del cristianismo, á pesar de las crueles persecuciones de los tres primeros siglos, y quitarle de ese modo su carácter divino. Las ideas mundanas han triunfado de sus perseguidores, cuando han apelado á las armas, pero jamás los han vencido con la humildad, la paciencia y la abnegación. La ruina y destrucción de una Iglesia particular á hierro y fuego, no hace sino realzar más el milagro de la conservación del mundo á la fe de Cristo. Como una Iglesia fué destruida, pudieron serlo todas, y con mucha más razón, cuando desde su cuna



tuvieron que luchar las primitivas contra el colosal imperio de los romanos.

Mas ¿por qué la Providencia Divina ha permitido que muchos países donde había brillado la luz de la verdad hayan vuelto á caer en las tinieblas? ¿Qué ha sido de las florecientes Iglesias de Africa? ¿Por qué están todavía en poder de infieles los lugares santos en que por primera vez se anunció la "Buena nueva" y que fueron testigos de los más altos misterios de nuestra religión? La palabra de Dios es indestructible, como Él mismo, y su Iglesia jamás podrá ser desarraigada de la tierra, ni prevalecerán contra ella las puertas del infierno. Pero si Él da á los pueblos el conocimiento de la verdad por un puro efecto de su misericordia, también retira de ellos su mano, cuando se hacen indignos de tanto bien, y entonces busca otros pueblos "según su corazón". Tal consideración debe hacernos temblar. Méjico, que hace más de tres siglos tuvo la dicha de ser regenerado en las aguas del bautismo, y que poco después enviaba hijos suyos á propagar la fe en regiones lejanas, donde alcanzaban la palma del martirio, se ve hoy reducido á luchar en su propia casa, para conservar aquél precioso depósito, bien seguro de llevarlo á otras fuentes. La verdad, antes tan resplandeciente,

que después de iluminarnos alcanza con sus destellos hasta las remotas playas del Japón, hoy lucha contra las nubes del error, que pretende privarnos de su luz imperecedera. Las órdenes religiosas, plantel inagotable de apóstoles del Evangelio, y única milicia que podrá verificar la conquista espiritual de los desdichados pueblos que caminan entre las tinieblas; esas órdenes que han dado á Méjico la fe, la civilización y los tres únicos santos que venera en los altares, han desaparecido de su seno como instituciones inútiles y caducas. ¿Desaparecerá también algún día la fe de entre nosotros? ¡Dios no permita jamás tan horrible desgracia, y antes desaparezca de la tierra nuestro nombre!

